



CAPÍTULO XIII

MARÍA

I

El astrónomo, á fin de precisar sus cálculos y de descubrir nuevas maravillas en las profundidades de los cielos, las observa desde diferentes puntos de vista; nosotros hacemos una cosa parecida al poner los ojos en la Santísima Virgen María, de quien se dice que es apacible como la luna, escogida como el sol, y á quien llamamos estrella de la mañana. María apareció en el cielo revestida del astro de la luz, teniendo la luna á sus pies y coronada de estrellas. Podemos contemplarla desde la cumbre luminosa de su pureza inmaculada y santa, ó bien desde los collados y profundos valles de su humildad incomparable; ó junto á la orilla de los ríos de sus celestiales gracias; ó navegando nosotros en el mar de su ternura, y en todas partes quedarán nuestros

— 173 —

ojos encantados con la purísima luz de ese lumínar espléndido que puso Dios en lo más elevado del cielo de la gracia; astro de gloria que derrama la vida y la hace llegar hasta los últimos confines de la tierra, y cuyas benéficas influencias se dejan sentir en todas partes, porque así lo piden la gloria de Dios y el bien de los hombres.

La pureza de María. ¿Qué nos revela la fe acerca de esa pureza? Que es inmaculada y santa; que María no contrajo la culpa original; y la fe nos presenta á la preciosa Niña de que hablamos resplandeciente de belleza, vestida de luz, cubierta de gloria, y como la más admirable y perfecta de todas las obras de Dios. ¿De dónde le han venido tantas gracias y esa perfección tan admirable y santa? De Dios, que puso en ella sus divinas complacencias. La amó desde la misma eternidad, y se dignó preferirla á todas sus criaturas. Amor eterno, amor de soberana complacencia y que lleva en sí mismo todos los encantos y las bellezas de una predilección incomparable. No fue Ella quien á Dios le dió primero alguna cosa; porque todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él; á Él sea la gloria por siempre jamás. Amén (1).

María, ni previno ni pudo prevenir el amor de su Dios para con Ella, porque este amor es eterno; y Dios, al verla allá en su eternidad,

(1) Rom. XI, 33-35.

no llegó á descubrirla entre los hijos de Adán, que habían de mancharse con el pecado; mas Ella se presentaba desde entonces á las miradas del Eterno unida á Jesucristo, prevenida por los méritos del Hombre-Dios, llena de gracia, de luz y de pureza, y adornada con los encantos de todas las virtudes. ¡Oh, cuán hermosa y agraciada fue desde la misma eternidad á los ojos del Señor esta Niña purísima y sin mancha! Dios sonrió de amor, si así podemos decirlo, al contemplar esta obra primorosa de sus manos. ¡Cuán bella eres, amiga mía, cuán bella eres! En Tí no hay ninguna mancha.

Elías subió una vez á la cima del monte Carmelo y dijo á su criado: Anda, corre, ve y observa hacia el mar. Así lo hizo el criado, y volvió diciendo: No hay cosa alguna. Vuelve hasta siete veces, le dijo Elías, y á la séptima vez vió el criado que subía del mar una nubecilla tan pequeña como la huella de un hombre (1). He allí una imagen de la pureza de María, que del mar de la divina gracia se eleva hasta el cielo cual blanquísima nube semejante á la huella de un hombre, porque Ella tiene la naturaleza humana, mas no la culpa; y llena de gracia y transformada en la pureza misma, se nos presenta tan hermosa y santa, tan delicada y perfecta en todo su sér, cual si fuese de una naturaleza del todo diferente de la nuestra; tan bello y santo es el resplandor de su pureza, y

(1) III Reg. XVIII, 42-44.

así es tan brillante la luz que derrama en el mundo; luz con que Dios se dignó enriquecer á la que fue preferida de su amor entre todas las criaturas.

La pureza de María al llegar hasta nosotros nos inspira un horror muy grande al vicio contrario, porque tal pureza preséntase á nuestra alma bellísima y llena de atractivos, como una exhalación de la virtud de Dios, como una emanación de la gloria del Omnipotente, cual bello resplandor de la luz eterna, como un espejo sin mancilla de la majestad de Dios, como una imagen de su bondad. Si en tal pureza detenemos un instante la mirada, comprendemos que es más hermosa que el sol, y que al compararla con la luz le hace muchas ventajas (1). De la pureza inmaculada de María toma la nieve su blancura y la azucena su cándido ropaje. Trasciende la pureza de la santa Virgen, cual delicadísimo perfume, la fragancia de toda santidad. No hay en tal pureza el menor defecto; siempre bellísima y lozana, es como una flor que nunca se marchita, flor de nítidos colores, flor de gracia y celestial virtud, y la más hermosa del jardín de Dios.

Después de contemplar unos instantes esa incomparable y santísima pureza, ¿dejará de producir en nuestras almas un horror profundo cualquier pensamiento que quisiera inclinarnos á la culpa? Veríamos la impureza cubierta

(1) Sap. VII, 25, 26, 29.

de ignominia y exhalandó un hedór insoportable, y sería para nosotros cual un monstruo escapado del infierno que traía en su séquito la miseria y la vergüenza, la degradación y la ignominia, la maldición de Dios y de los hombres; y volviendo los ojos á María tendríamos que exclamar en ese instante: ¡Oh pureza de la Virgen sin mancilla, líbranos de caer en el pecado!

Desde las brillantes y elevadas cumbres de la pureza de María, descendamos hasta las profundidades de su santa humildad. Desde este punto de vista, María se nos presenta amabilísima y llena de atractivos. Vedla: ha subido á una prodigiosa altura; ha llegado hasta concebir en sus entrañas al Hijo de Dios; enriquecida con todos los dones celestiales, Dios la prefirió á todas las obras de sus manos. Es la muy amada del Eterno, y, sin embargo, no sólo no llega á envanecerse, sino que la humildad la tiene como anonadada; y cual si olvidar pudiera todas las gracias que ha recibido de los cielos, piensa sin interrupción en la pequeñez de su sér. Ha recibido el espíritu de Dios, que le descubre la excelencia y la grandeza de los divinos dones con que se halla enriquecida; esos dones han descendido del Padre de las luces; María nada tiene de sí misma; y tal conocimiento haría sin duda que una y otra vez, sorprendida de las bondades de Dios para con Ella, se preguntara diciendo: soy nada, la esclava del Señor; ¿por qué ha puesto en mí, con

un amor tan grande, sus divinos ojos? Y volviendo sus miradas en torno de sí misma, veríase prevenida, rodeada de la gracia. Dios así lo quiso, y María no pudo adelantarse al querer divino; y tal conocimiento llenaba de una bondad incomparable el alma de la santa Niña.

Cuanto es más generoso el corazón del hombre, procura con mayor empeño ser agradecido á los favores que se le dispensan; y á fin de conseguirlo, no sólo considera las grandezas de ese beneficio, sino además reflexiona que nunca las ha merecido, y hace cuanto puede á fin de descubrir hasta dónde llega su falta de mérito para elevar después con gratitud inmensa las acciones de gracias que corresponden á su bienhechor. Preguntemos ahora lo siguiente: después del Corazón de Jesucristo, ¿hay otro alguno tan noble y generoso como el de María? Ella, pues, descenderá hasta el abismo de su nada, y tendrá que preguntarla, si así pudiéramos decirlo: ¿en dónde están los méritos con que previne las gracias del Señor? Un silencio profundo se sigue á tal pregunta, y María queda como perdida en el abismo de su pequeñez; mas pasa un instante y abre sus labios para glorificar las misericordias del Eterno con este hermoso cántico: Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se llena de gozo en Dios, mi Salvador, porque ha visto la humildad de su esclava... porque ha hecho en mí cosas grandes el que es poderoso y cuyo nombre es santo.—María se olvida enteramente de

sí misma, y sólo piensa en Dios y en la divina gloria; porque es muy humilde, y las mismas grandezas de que Dios la ha colmado, en vez de disminuir aquella su humildad incomparable que acabamos de admirar, la han aumentado sin medida alguna. Es María la misma humildad, humildad que brilla á nuestros ojos con la purísima luz de una hermosura encantadora; porque nada hay que así cautive el corazón del hombre, y nada tan bello como la humildad en la cima de toda grandeza coronada de gloria, vestida de luz y derramando en sus miradas la gracia y la bondad. María, la más sublime de todas las criaturas, fue también la más humilde, porque nunca olvidó su propia nada.

La humildad de María la obligaba á declinar las alabanzas que se le tributaban, y hacía que en el mismo punto las elevasen á Dios Nuestro Señor: Bendita tú eres entre todas las mujeres... y ¿de dónde á mí tanto bien que venga la Madre de mi Señor á visitarme? (1). María contesta tales alabanzas con su admirable y celestial *Magnificat*: Tú engrandesces á la Madre del Señor, dice á Isabel, mi alma le glorifica. Al saludarte, el hijo que llevas en tu seno saltó de gozo; mi espíritu se regocija en Dios, su Salvador. Me has llamado dichosa porque he creído; mas la divina piedad es causa de mi fe y constituye toda mi dicha; y me llamarán feliz

(1) Luc. I, 42, 43.

todas las generaciones, porque Dios ha puesto sus ojos de misericordia en la humildad de su esclava (1).

II

Todavía tenemos que decir una palabra acerca de la humildad de la sagrada Virgen.

La fe es la humildad del espíritu, y la pureza la humildad de la carne, porque la fe nos rinde á la voz de Dios Nuestro Señor, cautivando en su obsequio todo entendimiento, y la pureza rinde nuestra carne á la virtud. La fe ilumina nuestras almas con una luz muy pura, que nos hace conocer que sólo Dios existe por sí mismo, y que en su presencia son como nada todas las criaturas. El conocimiento de que hablamos corresponde en extensión y viveza á la luz de la fe; y ya que nadie ha tenido una fe tan firme y robusta y que tanto acerque al Señor como María la tuvo, nadie como Ella ha llegado á conocer con tanta perfección su propia nada. Dichosa, pues, la que ha creído, la que así se humilló á sus propios ojos y en la presencia del Señor.

La carne desea contra el espíritu: esta es la soberbia que la mancha; mas esto no tuvo lugar en María, porque en la carne inmaculada y santa de esta purísima Virgen, carne que es la

(1) D. Bernard. D. Vers. Apoc.

misma de Jesús, hallamos solamente celestial y cándida pureza y la más perfecta sumisión á la ley del espíritu.

De esta suerte brilla la humildad en la frente de María con la luz más pura y hermosa, y adorna su santísima persona con tanta belleza y tan misteriosos atractivos, que cautivó las miradas de Dios, que quiso descender á su seno inmaculado y santo. En efecto: cuando el ángel Gabriel reveló á María el gran misterio de la Encarnación, la humildad puso estas palabras en los labios de la santa Virgen: He aquí la esclava del Señor; y el Verbo se hizo carne. Si el Hijo de Dios ha descendido, María se ha elevado á una altura á que no llegará en su raudo vuelo el amoroso y radiante serafín, pues Dios no tomó la naturaleza de los ángeles, y sí tomó la sangre de Abraham.

La humildad que ha exaltado á María hasta el trono de Dios, la inclina á nosotros con inefable dulzura, porque María no llega á olvidar que es nuestra hermana y que lleva nuestra misma carne; que en todo es semejante á sus hermanos, fuera del pecado, y que si Ella jamás se manchó con la culpa, fue por la bondad de Dios; y tal bondad la inunda de tierna compasión y de clemencia para con nosotros, á quienes puede socorrer con la omnipotencia de sus ruegos; y así lo hace sin desdenarse de llamarnos sus hermanos, porque es humilde, y que sin embargo de todas sus grandezas, sabe que se halla á infinita distancia del Creador, y que

Ella tiene principio como todas las criaturas.

Después de la humildad de la sagrada Virgen, contemplemos su ternura y clemencia para con nosotros. Dios Nuestro Señor había enriquecido el corazón de María con los más espléndidos tesoros de la gracia y del amor; por esto hallamos en Ella una inmensa ternura, dulcísima y llena de bondad; María tendrá que ser la misma clemencia. Su corazón inmaculado y santo será la fuente viva de las misericordias del Señor, y de esa fuente manarán sin descanso la suavidad de los divinos consuelos y todas las piedades del Señor, porque Ella es la salud del enfermo, la fuerza del débil, la redención del cautivo, la alegría del triste, y alcanza con sus poderosos ruegos á los pecadores el perdón y á los justos la gracia del Señor.

La Iglesia nuestra Madre quiere que invoquemos á la santa Niña con estas palabras: Vida, dulzura y esperanza nuestra; y San León el Grande la llamó la misma misericordia.

La ternura de la Santísima Virgen tenía que relacionarse con su carácter de Madre de Dios y de los hombres. Dios, al elegirla para que fuese su Madre verdadera, derramó en ella todos los tesoros de la amabilidad y la dulzura. ¿Habría mayor delicia para un hijo que el amor de su madre, que los afectos y caricias que ésta le prodiga? Las miradas llenas de dulzura y las blandas y dulces expresiones que le dirige una y otra vez, revelan á su hijo el amor

que le tiene; son para éste de una inmensa dicha; y Jesucristo, semejante en todo á nosotros, que somos sus hermanos, no había de arrancar á la naturaleza, que tomaba, un sentimiento tan noble y hermoso y que eleva nuestras almas al ejercicio de excelentísimas virtudes. Por otra parte ¿cuál sería la belleza del corazón de una madre si no hubiese abierto en él Dios Nuestro Señor las fuentes de la bondad y la dulzura? Y el corazón de María es una maravilla de perfección y gracia, de singularísima belleza, de celestial encanto. Dios, pues, quiso enriquecerlo con todos los tesoros de su amor dulcísimo, con la plenitud de la ternura y con todos los encantos de la divina clemencia, cuanto era capaz de recibir la preciosa Niña que escogió por Madre.

Aun prescindiendo de lo que acabamos de decir, las penalidades y miserias á que quiso sujetarse el Hijo de Dios, nos revelan que era indispensable que su santa Madre fuese dulcísima para con Él y le mostrara una ternura inmensa. ¿Quién sino Ella le había de recibir entre sus brazos y había de ser su amor y su consuelo? Contemplemos al Niño Jesús allá en Belén: nace en humilde y solitaria gruta y es reclinado en un pesebre; todo lo que falta al Niño Dios, tendrá que suplirlo su divina Madre con cuidados y desvelos llenos de ternura; cuando María y José salen huyendo hacia el Egipto, le llevan consigo, y tanto al caminar por el desierto con grandes fatigas y trabajos, como después

pasando largos años en extranjera tierra, María tendrá que consolar al Hijo de su amor. ¡Qué palabras tan dulces tendrá que dirigirle y qué no hará para darle en todas ocasiones alivio y consuelo! Es el Hijo de Dios y es también su propio Hijo; merece toda honra y gloria, y, sin embargo, quiso sujetarse á la pobreza, y llegar algunas veces hasta padecer el hambre, según nos dice el Serafín de los Doctores. En tales circunstancias ¿no serían indispensables á la sagrada Virgen la amabilidad y la ternura?

Mas ¿para qué detenernos en tales consideraciones, conociendo la santidad y la hermosura de Jesús, el más hermoso entre los hijos de los hombres, en quien tiene sus divinas complacencias el Eterno? Jesús, con sólo su presencia, haría que se abriesen en el seno de la santa Virgen inagotables y copiosas fuentes de amor y de ternura. Sabe María que su Hijo divino es también el Hijo de Dios; le contempla un instante, y la belleza del Niño y las dulces miradas que manda á su Madre la dejan rendida de amor y la sumergen en un mar de dulzura. ¿Quién podrá expresar los sentimientos de María en tales circunstancias? La suavidad de Dios la penetra enteramente; María por esto es la misma dulzura, porque Jesús le ha comunicado sin medida alguna todos los tesoros de su benignidad y su clemencia.

María nació para Madre de Jesús y también para Madre de los hombres, y después de Jesucristo es ella todo nuestro bien. Si pensamos

en nosotros mismos, se nos presentan desde luego las miserias y penalidades que sufrimos y las culpas que hemos cometido, y nos dicen: buscad el remedio de todos vuestros males en la ternura y clemencia de María, porque es riquísima en bondad y gracia, porque Ella es vuestra Madre.—En efecto, Dios nos la dió por Madre, por abogada y refugio, por medianera entre su Hijo santísimo y nosotros. Nuestra causa es enteramente suya; Dios la ha puesto en sus manos, y en obtenernos el perdón de los pecados está la gloria del Señor que María procura con el más decidido y amoroso empeño, y en librar de todas las miserias y peligros á todos sus hijos están las delicias de una madre: por todo esto la amabilidad y la ternura se desbordan del corazón de María y como ríos caudalosos que salen de su cauce, nos inundan en sus benditas aguas de piedad y gracia.

La amabilidad y ternura de María vuelven á Dios á los más obstinados pecadores que habían despreciado la divina gracia, y que en nada habían tenido las amenazas de la eterna justicia; pero María se les acerca trayendo consigo no la severidad ni los rigores, sino el amor; les presenta el seno en que ha llevado al Hijo de Dios, y les recuerda que le ha sacrificado por salvarlos, que les recibió por hijos adoptivos en lugar de su Jesús querido, y les dice una y otra vez que en Ella encontrarán refugio. Esperad aún, añade, volvéos al Señor y yo rogaré por vosotros; dirígeles miradas de

dulcísima ternura; con bondad inefable se inclina hacia ellos á fin de atraer, con los lazos de amor con que sabe ligar los corazones esa benigna y cariñosa Madre, que al fin triunfa y reconcilia con Dios á los que antes eran enemigos de Su Majestad por el pecado.

¡Qué fuera de nosotros si no tuviéramos, por la bondad divina, una Madre tan tierna y amorosa! Toda nuestra suficiencia viene del Señor, y Él es el origen de todos nuestros bienes; mas bendito sea Él, que quiso por medio de María comunicarnos sus misericordias, y bendita sea también esta santa Madre, tesoro de bondad y de clemencia, fuente perenne de gracia, de amor y de dulzura. Busquemos la divina gracia, y busquémosla por medio de María; y al hallar en esta dulce Madre la plenitud de todo bien, porque en Ella hallamos á Jesús, bendigamos las misericordias del Eterno, á quien son debidas la honra y gloria por siempre. Amén.

